

Eternos retornos

HÉCTOR ZAGAL

@hzagal

Se dice que las personas del siglo XXI somos consumistas exacerbados. Devoramos uno tras otro cualquier producto que se nos ponga enfrente. No basta con saciar nuestras necesidades básicas, sino hacerlo en varios colores, texturas, sabores, olores.

Aún más, ¿por qué sólo tener necesidades básicas? ¿Por qué no generarnos el hábito de comprar lo último en tendencias, aunque no implique una mejora en nuestra calidad de vida? Pienso en celulares y ropa. Pero el consumismo también puede ser de entretenimiento: libros, películas, música. No todo libro es bueno, ni todo programa de televisión es malo. Consumir bienes culturales no necesariamente se traduce en una mejora interior. El consumo por el consumo mismo, de lo que sea, no enriquece la vida.

La velocidad con la que consumimos genera una ansia por saber qué hay de nuevo. No sólo me refiero a productos que encontramos en anaqueles o que podemos agregar a nuestro carrito de compras virtuales. También consumimos información. ¿Qué podría dejarnos haber leído todo lo que hay por leer en el mundo? Incluyendo publicaciones de gente que no conocemos o nos cae mal, o novelas tediosas, o análisis económicos de hace 60 años. La vida se vive mejor cuando discriminamos qué consumir y qué no. Si consumir es devorar, también podemos empacharnos. Estar hasta el tope de información sólo nos genera ansiedad, aburrimiento y cierta indiferencia. Hasta la novedad se vuelve estéril.

Este anhelo de novedad puede vivirse como un desprecio y reproche al pasado o como un anhelo constante por lo que vendrá. En el primer caso, el presente se olvida. En el segundo, se rechaza. ¿Por qué huir al presente? ¿Qué puede significar que huyamos de lo cotidiano y de lo rutinario? ¿Es imposible disfrutar de lo repetitivo? Parece que nos resulta imposible disfrutar «hacer nada», estar desconectados. Parece que todo está hecho a la medida de la satisfacción del hombre. Entonces, ¿por qué tanto terror a abrazar el momento presente? ¿Por qué el hastío?

PLACEBOS PARA LA INSATISFACCIÓN

Friedrich Nietzsche (1844-1900) podría venirnos bien para analizar hasta dónde nuestra exaltación de la tecnología, la novedad y el entretenimiento son como placebos para nuestra insatisfacción.

Si bien Nietzsche es uno de los pensadores más influyentes de la historia, también es uno de los más crípticos. Sus escritos están llenos de metáforas y de apasionadas preguntas y exclamaciones que hacen que parezca que estamos leyendo una obra de teatro y no un tratado de filosofía. El encanto de Nietzsche es que no es un expositor para grandes audiencias, sino que habla con su lector como si lo tuviera frente a frente, a la luz del ocaso, para invitarlo a ser valiente con él, a no dejarse engañar, a elegirse a sí mismo y celebrarse.

La filosofía de Nietzsche tiene como uno de sus temas centrales la voluntad de poder. Este concepto no es fácil de definir; podría ser una cuestión psicológica, una suerte de fuerza cósmica o una oscura propuesta metafísica.

La voluntad de poder puede considerarse el punto de partida para la existencia de valores nietzscheanos. En su obra *El Anticristo*, Nietzsche escribe que lo bueno es todo aquello que incrementa el sentimiento de poder en el hombre, la voluntad de poder y el poder mismo. Malo es todo aquello que surge de la debilidad y la felicidad es sentir que el poder crece y se sortean todos los obstáculos. Está claro, pues, que la vida, los humanos, los actos, se juzgan –al menos de acuerdo con Nietzsche– teniendo como medida el aumento o disminución de la voluntad de poder.

Ahora, la voluntad de poder suele aparecer en los escritos de Nietzsche como una experiencia sensual. Las descripciones que hace Nietzsche de las voliciones personales y de su libre ejercicio nos hablan de gozo.

Así mismo, al realizar sus críticas a la ética cristiana y al idealismo, Nietzsche habla de enfermedad, degeneración y debilidad. Sus constantes alusiones a la experiencia de sentirse

fuerte, débil o enfermo, hacen de los escritos de Nietzsche una suerte de diagnóstico de la corrupción del ser humano. ¿Qué tiene tan enferma a la humanidad? Nietzsche considera que es la negación de la vida y de la voluntad de poder. Esta negación se traduce en el desprecio, por ejemplo, del cuerpo como origen del pecado o como carga terrible de la cual debemos intentar distanciarnos. El anhelo de escapar a la vida y optar por una «mejor» después, no es sino un nihilismo disfrazado de esperanza.

La vida para Nietzsche no es una enfermedad de la cual nos cura la muerte. Experimentar la vida como sufrimiento no es sino consecuencia de reprimir nuestros anhelos de poder y dominación. Cuando habla de Sócrates en *La gaya ciencia*, Nietzsche dice admirar su vida de «monstruo burlón y enamorado» (sic). Sin embargo, sus últimas palabras destruyen toda la vitalidad que manifestó a lo largo de su vida. De acuerdo con Platón, Sócrates empleó su último suspiro en pedir a su amigo Critón que saldara con un gallo la deuda a Asclepio, el dios de la medicina. La indignación de Nietzsche viene de que esta última petición significa que Sócrates tenía una visión pesimista de la vida, pues la consideraba una enfermedad cuya cura era la muerte, el fin de la voluntad.

Inmediatamente después de esta reflexión sobre el pesimismo de Sócrates, Nietzsche escribe uno de sus pasajes más populares. Bajo el título de «La mayor gravedad», nos introduce a un ejercicio mental: imaginemos que un día o una noche un demonio irrumpe en nuestra soledad y nos dice «Esta vida, así como la vives ahora y la has vivido, tendrás que vivirla una vez más e innumerables veces más; y nada nuevo habrá allí, sino que cada dolor y cada placer y cada pensamiento y suspiro [...] de tu vida tendrá que regresar a ti, y todo en la misma serie y sucesión [...] igualmente este instante y yo mismo». Si esto ocurriera, nos pregunta Nietzsche, ¿qué haríamos? ¿La repetición de nuestra existencia nos sería odiosa? ¿Qué clase de vida no nos sería lamentable repetir? ¿Por qué no nos hemos

apropiado de esa vida que nos alejaría de la desdicha de repetirla? El ejercicio es provocativo. Nietzsche nos invita a pensar cuáles serían las maneras en las que podríamos «llegar a ser bueno contigo mismo y con la vida, como para no anhelar nada más, sino esta última y eterna confirmación y sello».

El eterno retorno de lo mismo. ¿A quién complacería el eterno retorno de lo mismo? A quien vea en su existencia una obra de arte, una expresión de voluntad y de gozo.

UNA Y OTRA VEZ

Una representación audiovisual de este ejercicio mental que nos propone Nietzsche es la película *El día de la marmota* (1993). La historia gira alrededor del meteorólogo Phil Connors (Bill Murray). Phil está insatisfecho con su carrera hasta entonces, pero su hastío llega a su límite cuando, una vez más, tiene que cubrir la ridícula (sic) festividad de un pequeño pueblo de Pennsylvania.

Después de cubrir la nota del «Día de la marmota» —fiesta local en la que cada 2 de febrero se predice por el comportamiento de una marmota si el invierno será largo o no—, Phil es forzado a pasar la noche en el pueblo debido a una tormenta de nieve. Al día siguiente se reúne con su equipo de televisión para irse, pero le dicen que aún tienen que grabar la nota del Día de la marmota. Al día siguiente ocurre lo mismo; lo mismo el día siguiente... y el siguiente.

Al darse cuenta de que está viviendo el mismo día una y otra vez, Phil cae en la desesperación y decide intentar suicidarse. Al ver que no lo consigue, decide vivir la vida como quiere. Primero deja de reprimirse: dice lo que quiere sin importar a quien ofenda, come lo que quiere sin preocuparse por su salud, bebe, coquetea, miente. Sin embargo, poco a poco se aburre de darle gusto al gusto. Entonces se enfoca en una sola actividad: aprender a tocar el piano. Esa rutina es el inicio de un ciclo de buenas acciones que le dan sentido a su eterno 2 de febrero. Eventualmente, Phil se reconcilia con su condena y empieza a gozarla. La aceptación de su presente y lo que hace con él, lo libera de la cárcel del 2 de febrero y hace que su existencia sea gloriosa. Al final, Phil no anhela nada más que su extraordinaria cotidianidad.

El personaje de Phil probablemente celebraría la eterna repetición de lo mismo y bendeciría las

palabras del demonio. Esta aceptación del presente, de lo que es y de lo que somos y hemos hecho de nosotros mismos, piensa Nietzsche, sólo podría ser la expresión de una vida vivida consciente y deliberadamente.

El amor al destino de Nietzsche es compartido por Albert Camus (1913-1960), aunque no desde la exaltación de los instintos y deseos, sino desde la afirmación del ser humano y su libertad. Para Camus, el ser humano se encuentra atrapado entre la pregunta por el sentido de su existencia y sus varios intentos por contestarla. La ausencia de una respuesta absoluta debería bastar para que abandonáramos la cuestión; sin embargo, parece que estamos condenados a nunca dejar anhelarla. Para Camus, esta existencia es absurda. Sin embargo, que sea absurda no implica que no sea dichosa. Dado que no podemos huir del absurdo, lo único que nos queda es sufrirlo o celebrarlo.

Para ejemplificar la vida absurda del hombre Camus retoma el mito de Sísifo, ese hombre condenado por los dioses a empujar una enorme piedra cuesta arriba para que, al llegar a la cima, la deje caer para volver a subirla. Sus actos son fútiles y estériles. Sin embargo, Camus considera que la consciencia de su condena lo corona triunfador. Sísifo, al descender, sabe que no puede escapar de su destino; no se engaña, no cree que su situación sea la antesala de una realidad mejor. No sobrevive con esperanzas paliativas. Su gloria se encuentra en reconocerse amo de su destino al aceptarlo y vivirlo plenamente, sin máscaras ni eufemismos.

Personalmente, no estoy de acuerdo con muchas de las tesis de Nietzsche y de Camus. En mi opinión, la vida es mucho más que voluntad de poder, la vida tiene sentido, en buena medida, cuando somos capaces de amar y de ayudar a los demás. No obstante, creo que Nietzsche tiene un punto. La felicidad que se puede conseguir en la tierra depende, al menos en parte, de nuestra capacidad de aceptar aquello que nos es dado, aquellas circunstancias que no dependen de nosotros. O como dice la frase, «Dios mío, dame café para cambiar aquello que puedo cambiar; whisky para aceptar lo que no puedo cambiar; y chocolate para ver la diferencia».

Sapere aude! ¡Atrévete a saber! </>



El autor es doctor en Filosofía y catedrático en la Universidad Panamericana (México).